

Jean-Pierre Vernant. *El individuo, la muerte y el amor en la Grecia antigua*. Barcelona, Paidós, 2001, 223 pp.

Esta obra que publica en español la editorial Paidós (la versión original francesa fue realizada por Gailimard en 1989) consiste en diez artículos y conferencias producidos independientemente unos de otros a lo largo de poco menos de diez años. Las expectativas causadas por el título podrían no satisfacerse de manera completa. Más que como un programa por desarrollar, hay que entenderlo como el hilo conductor, la preocupación que tienen en común los diez capítulos: avanzar en el estudio de la individualidad griega.

Para encontrar datos que permitan conocer cómo era la experiencia de 'sí mismo' en la antigua Grecia, Vernant busca definir primero cómo era la experiencia de la alteridad, la concepción del 'otro'. Es que estos 'otros', como lo aclara ya en la "Introducción" el autor: "marcan las fronteras en las que queda inscripto el sujeto humano". Los ejes de la muerte (y su reverso, la inmortalidad), el ser amado y la relación con la comunidad estructuran el libro, presentando los rostros fundamentales de lo que nos resulta distinto. El símil del espejo, que nos hace descubrir nuestra propia imagen precisamente fuera de nosotros mismos, recorre casi toda la obra.

El primer tema, la muerte, es también el más desarrollado. Los siete artículos que lo abordan podrían separarse en dos grupos. El primero, "Mortales e inmortales, el cuerpo divino" se centra, en realidad, no en la muerte, sino en su contrario: la inmortalidad esencial a los dioses. Analiza largamente cómo la percepción que los griegos tenían de la brillante vida divina les devolvía en un triste reflejo la imagen de sus opacas e incompletas existencias. Cada rasgo contrastante de estas dos alejadas maneras de ser es desarrollado y es especialmente interesante el tratamiento del vocabulario griego que las describe. Muy cercano se halla el sexto artículo: "El espejo de Medusa". Aquí se recuerda una interesante tradición, registrada por Pausanias, sobre un objeto expuesto en un templo de Arcadia. Se trata de un espejo que

tenía la particularidad de reflejar de manera borrosa a las personas que en él se miraban y de manera clara y precisa las imágenes de los dioses. Sin pretender justificar ni refutar dicho fenómeno, Vernant se apoya en él para retomar el tema de cómo la realidad de la muerte enquistada en nuestra Identidad modifica sustancialmente el 'peso relativo' de los seres humanos.

El artículo número dos, "La bella muerte y el cadáver ultrajado", el número tres: "La muerte en Grecia, una muerte con dos caras" y el número cuatro: "*Pánta Kalá*. De Homero a Simónides" pertenecerían a un segundo grupo, en el cual se estudia el contraste y el significado de las dos concepciones de la muerte en Grecia. Por un lado, es el acontecimiento más temible e inevitable, el fin funesto de todos los bienes humanos que asecha detrás del primer signo de decrepitud. Por otro (y esto es lo que más interesa a Vernant), asumida heroicamente, la muerte representa el acceso a la única forma de inmortalidad (valga la contradicción) esperada y anhelada por la cultura griega: la fama perdurable. La 'bella muerte' congela y purifica el recuerdo del héroe en ese instante juvenil, pleno y bebiendo de la consumación de todo su valor. Los monumentos funerarios y la poesía, presentes para las generaciones futuras, realizan este milagro. Esta manera de 'permanecer' en la comunidad después de la muerte es la que el autor elige como más representativa de los helenos para contrastar con otras en el artículo número cinco "India, Mesopotamia y Grecia: tres ideologías características de la muerte". En cuanto a "Figuras femeninas de la muerte en Grecia", el séptimo capítulo, en él se comparan las representaciones masculinas (*Thánatos* y su compañero *Hypnos*) y femeninas (Gorgona y Kere) de la muerte. Del análisis se desprende que la imagen de éstas últimas es en general más cruda y espantable; también surge una identificación entre *Thánatos* y el ideal de la bella muerte. Por esto, el artículo se relaciona con los anteriormente descritos, Pero reflexiona además acerca de la interesante proximidad de los conceptos de 'muerte' y 'amor erótico' en la literatura griega, con lo que también nos introduce en el tema que sigue.

El capítulo octavo "Uno, dos, tres: Eros" bucea en las profundidades de los mitos teogónicos para develar el doble sentido del amor: el Eros primigenio, primer motor para ordenar el caos, y el Eros del deseo, nacido con Afrodita. Luego, volviendo siempre al símbolo del

espejo, analiza en los mismos términos el mito de Dioniso y el de Narciso. Pero es en Platón y en Plotino donde desemboca su análisis. En qué sentido el amor puede ser una vía de conocimiento del otro, de autoconocimiento o de génesis de un tercero, es lo que Vernant trata de dilucidar en este estudio de prolijo corte filosófico.

Los últimos dos artículos "Entre la vergüenza y la gloria: la identidad del joven espartano" y "El individuo y la ciudad" son lo que tratan más precisamente la relación del individuo con su sociedad concreta. El primero de éstos explica la función de un período determinado en la educación de los jóvenes de Esparta. Los adolescentes debían sufrir durante años una existencia inhumana, semejante a la de los ilotas (el 'otro' más radical en el mundo espartano), justamente para superarla y así demostrar a su comunidad y a ellos mismos que merecían el rango de ciudadanos. Se presenta como ejemplo de este sistema educativo el uso de ciertas máscaras para los bailes juveniles, máscaras que representaban, además de los ideales por alcanzar, los rostros de los seres más despreciados por su cultura. Para terminar, "El individuo y la ciudad" da cuenta de cómo en el marco de la comunidad y siempre con referencia a ésta se delimitaba la identidad de cada hombre. Se enumeran las distintas instituciones que fueron dando espacio al individuo en cuanto tal.

En conclusión, estamos ante un libro de tono dispar pero de una profundidad y erudición constantes. Los variados enfoques del problema desde la lingüística, el análisis literario, la psicología, la historia y la filosofía se ensamblan cómodamente gracias al estilo fluido del autor. No podemos más que desear un futuro estudio más sistemático y orgánico, en el cual Vernant complete el presente esbozo del individuo en la antigua Grecia.

Susana Aguirre de Zárate
Universidad Nacional de Cuyo